



ORDENACION ARQUITECTONICA DEL PALACIO

Están casi a su término los trabajos de ordenación arquitectónica de los alrededores del Palacio Legislativo, el que ha venido a quedar finalmente despejado de la inadecuada edificación ruínosa que lo rodeaba, empezándose también a perfilar el ensanche de la Avda. Agraciada que le procurará perspectivas a su grandeza. Esta reciente fotografía aérea, descubre el marco rico sobre el que domina el monumento.

(Foto R. y J. Caruso).

POR EL CAMINO DE TREINTA



En los montes del Cebollati las palmeras esbeltas reinan sobre los otros árboles.

59 kilómetros de carretera se extienden desde la ciudad de Treinta y Tres al disperso y criollo poblado de La Charqueada, en la orilla izquierda del Cebollati. Hace varios años, atravesé esas solitarias zonas del Este. La sequía castigaba los campos donde casi todas las aguadas mostraban el rugoso fondo del barro reseco, resquebrajado por las pezuñas del ganado. Era en las primeras horas que siguen el mediodía. El sol dardeaba la tierra, despiadadamente, abriéndole heridas profundas en sus flancos moribundos. La hierba, palidecida, amenguaba su parva felpa verde, y en las extensas lejanías no vieras más que la cenicienta vara del cardo, la chirca dolorosa de sed, la paja brava inclinándose en una larga agonía, el caragatá amarillado con su plumerillo esquelético, y algún puñado de carquejas sin brío ni savia, con sus varillas adelgazadas y con la festonada y larga hoja corroida por el sol y por el viento. Me impresionaban los ganados inmóviles sobre el lodo de los charcos donde ya era inútil buscar, con el ojo angustiado, un hoyuelo de

agua. Cansados toros y extenuadas vacas tendían, bajo los pocos y pequeños árboles de escaso follaje, su vida abandonada al destino implacable, incapaces de una oración o de una blasfemia, pero concretando, con su presencia herida, los decretos de una fatalidad cuyos propósitos ignoramos. Las ovejas, más capaces de raer hasta el último hilo de hierba y tocar ya con sus dientes en la raíz misma de los prados, se echaban también a la sombra de las ramazones, la pupila triste y dulce, el cuello abandonado al peso de la cabeza, los cuerpos inmóviles bajo el zumbido de la mosca que busca, insistente, la herida y la llaga bajo el roto cuero. ¡Siesta trágica! De tanto en tanto un ternero o una vaca caen bajo el volar hambriento de los cuervos, que, en lo alto, rozando alguna rara nube blanca con sus alas negras, giran alrededor del ganado moribundo como si enredasen a los condenados en un círculo mágico al cual ya sólo podrá llegar la muerte.

¿Qué distinto este sábado que precede a

la semana de turismo! ¡Se diría que la naturaleza se complace en recompensarnos! Las primeras tierras por donde atravesamos, al desprendernos de los rancheríos linderos a Treinta y Tres, se inclinan unas hacia otras, en amplios planos móviles, donde parece avanzar hacia nosotros, a medida que nosotros avanzamos hacia ella, una inmensa ola verde de verde vida, de incesante vida, gloria de la savia virgen, labor oculta de la raíz que sorbe, unidos, el agua y el lodo vital en una fiesta que presiden, en lo alto, un sol de amor y de justicia, y en lo bajo, una tierra maternal, de anchos y jugosos pechos, capaz de darse entera a la succión misteriosa de sus hijos. Se siente una extraña, una inexpressible alegría, un goce directo, un tacto apasionado que va desde la vibración de los ojos al temblor del aire y la sensualidad de la luz que se vierte sobre la tierra, penetrándola de la viril potencia del sol, en unas nupcias cósmicas que el hombre presencia con un sentido profundo, si ha convivido en su misterio, o con una inocencia admirativa, si sólo ve el juego maravilloso de las imágenes. Allí son mil ovejas que van de Norte a Sur, triscando, lentas y suaves, la abundosa hierba. Allí son cien vacas que bajan de Sur a Norte por un declive que va a morir en una hondonada abierta de dispersos charcos. Allí son cincuenta potros, que como el sol, marchan de Este a Oeste, filosos y sonoros los incisivos que taján la sabrosa gramilla. De pronto, desde un surco inesperado, vivero de incontables insectos, salta, repentino, el vuelo de los tordos, de un bajo azul metálico, casi negro. Las alas parecen movidas por una sola voluntad. Los cuerpos ondulan próximos, y en simultáneos giros, van hacia la derecha, hacia la izquierda, y ascienden levantando los cuellos y descendiendo las colas. Y los picos cantan chispas. Y el aire vibra como si fuera sensible al tacto apasionado y rápido de las aves. Mas he aquí que todas las alas se pliegan a la vez. La hierba se salpica de pájaros oscuros, y entre las florecillas blancas y doradas arde el vivo metal de los plumajes. No pregunte-

complacería a la más firme pupila clásica. La tierra es verde con todos los verdes. El cielo es uno en su azul absoluto. Los atletas del aire corren infatigables sobre el llano uniforme, impulsados por un viento que mueve en olas los densos pajares. De tanto en tanto se yerguen los ejércitos de los maizales, pulidas y brillantes las curvas espadas de sus hojas, dorada la plumazón de los ya secos estambres, densos en su envoltura de chaia los granados choclos, desfiladas las barbas ocres, oscilantes los tallos, sonoro el filo del follaje donde el viento corta zumbando su carrera invisible. Próximo a los charcos, el hornero, con la única herramienta de su pico, mezcla las pajillas secas y el húmedo lodo para construir, sobre los postes que bordean el camino, los breves mundos de sus nidos, con no menos genio geométrico que el que organiza el trazado de una estrella. Necesidad de amor y génesis los mueve. La atracción de la universal Afrodita reúne el macho y la hembra. Mientras se atraen, misteriosos y profundos, crean con el barro una esfera no menos admirable que la del planeta. No preguntemos cómo aprendieron el enigma de la geometría. No preguntemos cómo imaginaron el hueco del dulce lecho. No preguntemos cómo curvaron la entrada para evitar el castigo de la lluvia, del frío y del viento. Admirémoslos, sí, a ese pequeño artista, que ennoblece al lodo informe, sometiéndolo a la trayectoria y al ritmo de la línea más compleja y más honda.

De pronto cambia el colorido. Hemos llegado a los arrozales que se extienden hasta La Charqueada. Las plantaciones están ahora en el esplendor de la madurez. Sobre los tallos delgados y elásticos suben las espigas densas, curvándose bajo el peso del grano que oculta su albor dentro de la dorá cutícula. No hay números posibles. La tierra está cubierta por la masa verde del apretado plantío, y sobre éste, danza en el viento, como un mar de oro, en un oleaje vivo y resplandeciente, la luminosa franja de los frutos. En geométrica disposición, y cuadriculando las fecundas distancias, el agua de los canales, prodigada por



Componentes de la Sociedad de Amigos de la Naturaleza, en la Estación de Treinta y Tres.



Ranchos, vaca, ternero y coronillas del pueblo de La Charqueada.

mos qué ha ocurrido. No indagemos la ley de esos vuelos maravillosos. No pretendamos saber el sentido de la unidad rítmica, la melodía de esos movimientos, el nervioso "allegro", el jubiloso "scherzo" de ese juego de las alas. La exuberancia cósmica se complace en gastarse, espléndida, incalculable, como si por encima de la exactitud y de la mecánica utilitaria de vivir, hubiese en todos los seres, en la naturaleza entera, un ansia de derrocharse en un sublime goce estético, y como si el sentido último de la existencia universal fuera una razón poética, que hace que el oleaje de la creación gaste su propio ser desproporcionadamente, regalándose a sí mismo, en la divina embriaguez de la belleza.

Tras esas serenas ondulaciones geológicas que el desgaste de los siglos ha estilizado en largas líneas de equilibrado contorno, comienza la llanada, que permite al horizonte la matemática perfección de su círculo, y sobre la cual la mirada parece reposar, inmutable. Los planos de las praderas no oscilan. Los conchos animales y los aislados árboles se perfilan en el aire, con una entera y vertical presencia, que

los ríos Olimar y Cebollati, se desliza aportando a las raíces el primario licor de la Tierra, bebido por millones de fibras sedientas en la llanura pantanosa. Tal el vasto taller de la química natural que levanta, entre el temblor del aire y la vibración de la luz, el enigma infinito de la vida. Los ojos quedan enamorados ante aquel alarde de la fertilidad del astro y el trabajo del hombre. Es un presente pleno, un repentino tiempo de prodigio que nos impide reconstruir, momentáneamente, el proceso de la labor humana sobre las misteriosas usinas de la Naturaleza. Debajo de la frescura del humus, bañado profundamente de agua, la plantación trabaja en silencio. Sobre el negro suelo, la limpia blancura y el brillante verde de los tallos y las hojas, ascienden. Más arriba, continuando en el crecimiento vital, las áureas espigas atan el ser a la resurrección en el germen creador, para vencer a la muerte, envolviendo la chispa inmortal en la sustancia nutricia del cotiledón.

El camino blanco corta en dos al arrozal de oro. A derecha e izquierda cae la luz, incesante y múltiple, desde un potente

TREINTA Y TRES A LA CHARQUEADA

que se resiste aún al descenso afinado del otoño. Por momentos, algunas nubes blancas se interponen entre la tierra y el cielo, y sus viajeras sombras corren rayando en los rubios topacios de las espigas. El sapo zambulle gozoso su redondo peso en el agua de los canales. La rana engarza la perla de un burbuja en el anillo de su ahuera de una burbuja en el anillo de su ahuera, saltando dinámicas eses, el camino por donde avanzamos. El mosquito quiebra, zumbando, el claro reposo de los charcos, y la ranariposilla, hundida en la minúscula copa de la flor, liba en néctar perfumado y dora sus antenas en el polen de los estambres. En la proximidad del ruidoso vehículo que nos conduce, espanta a los pájaros libres, que entre los tallos sorprenden a los insectos, o hurtan, en los penachos del arrozal, el grano nutricional. A lo largo de las corrientes aguas algunos trabajadores jóvenes alquitan los flotantes camalotes, que, apretándose unos a otros, acaban por obstruir el líquido de los canales, en su lenta y continuada circulación. A veces, una fina garza, hierática como en un rito, hunde veloz su cuello en el agua, y le hurta una pequeña vida. A veces, otra, con sus alas livianas y casi transparentes, inicia un lento vuelo, moviéndose, pausada, como si abanicase la luz en el aire voluptuoso.

Entre tanto, hemos avanzado rápidamente. Ya desde algunos ranchos que bordean la carretera y se adelantan al pueblo, hay ojos que nos miran pasar, atentas y curiosas las miradas, y alguna mano de joven o de niño nos saluda con un cordial recibimiento. La Charqueada fué una vieja y tradicional zona de gauchos auténticos, que en el pasado siglo se animaba con la salazón de la carne vacuna. Aun quedan recuerdos de aquella época, y se ve, junto al trabajador agrícola que viste ropas apropiadas a su trabajo en las arroceras, al criollo antiguo, lleno de serena arrogancia sobre su caballo; grave la mirada, firme el torso; volante el poncho en el aire del gaite; luciente el facón de mango de plata exornado de oro; colgado del recado el la-

las pulperías, así como en los labios un adiós lento y prolongado con que saluda, cordial, a los hombres, en tanto que, acaso, el perro infaltable ladra a un caballo o a un ternero, sueltos en el camino, caza, en repentino salto, a un bordonante mascadón, o cansado, bajo el sol del mediodía, busca la sombra de la carreta. Mientras, de la alargada lengua, cae, brillante, una leve gota de saliva.

Cubre ahora el camino una ancha nube de polvo, que el sol, próximo al ocaso, enciende en minúsculos chisperíos. A un costado, removiendo el barro resaca con las pezuñas, se acerca una larga tropa de vacas de uniforme piel rojiza entrecortada de albos lunares. Tres gauchos rigen la marcha del ganado, hábiles troperos cuyos gritos ásperos dominan el vagabundo instinto de las reses, obligándolas al ceñido paso. Una de las vacas, tentada por algo que no vemos, intenta cruzar el camino. Ládrale un perro de crespia piel, que salta, vigilante y ágil, próximo al lento y pesado animal, mientras uno de los jinetes, holgadas las riendas del caballo, con su sola presencia imperiosa, doblega la arisca voluntad de la vaca y la incorpora a la peregrinante tropa. No se sabe si aquellos hombres juegan o trabajan. En la tarde declinante, bajo un cielo de melancólicas lejanías, dorados y dulces los anchos matices de la luz, quebrado ya el silencio campesino por el canto de los primeros grillos y de los últimos pájaros que acuden, certeros, a sus nidos, aquel rudo y poderoso cuadro geográfico, tiene, ante el destino de la raza gaucha, no sé que angustiosa conmoción de despedida. La tropa de vacas ariscas se va diluyendo en las perspectivas del camino. En el campo, a uno y otro lado, los modernos arrozales, más dorados aún por el delicado oro del crepúsculo, ostentan, orgullosos, su cumplida madurez. Pronto, vigorosas máquinas de brillante acero, comenzarán la siega, y el grano será desecado en amplias usinas. Entre tanto, mientras meditamos el hondo contraste, nos parece ver un brazo tremendo que hace girar en el



La rama y el camoati.



Un crepúsculo gris sobre la carretera.

zo del tropero arrollándose en elásticos círculos; bajo el recio mentón, la estilizada golilla; y en los ojos, una hondura sagaz hecha al sondeo de las distancias y a la familiaridad de los abiertos horizontes.

Aunque mejorado ahora por el macadam, viejo es ya este camino que une la ciudad de Treinta y Tres con La Charqueada, donde acaso, sobre lodoso suelo corrió antaño una olvidada diligencia, y donde aún, cargada de leña en los montes del Cebollati, se mueve, al paso lento de los humillados bueyes, una pesada carreta, profunda y conmovedora en su sencillez legendaria, vibrados sus maderos rústicos por el viento y por el canto nostálgico del carrero, jinete éste, parsimonioso y resignado, herido de largos soles, macerado de fuertes lluvias, solo en la serena soledad de su trabajo, la vara de la picana casi pegada ya a la áspera piel de la mano, en la boca musical el nombre gaucha de los seis bueyes, y en lo profundo de los ojos todos los caminos de la comarca, todos los ranchos, todas las picadas, todos los árboles, todas

el crepúsculo el lazo de los heroicos troperos, y que entero lo suelta entre la tarde y la noche para que vaya a perderse en el olvido y en la sombra, y quede, dibujándose en el cielo con estrellas, cual un signo ardiente de lo que pronto no habrá de ser, para que permanezca en la eternidad del mito, y que como tantos otros, solo tenga como verdad y como patria la poesía de las constelaciones.

Volvemos los ojos lentos, como para abarcar la amplitud del cielo y de la tierra. Pocas veces una serenidad igual nos ha ofrendado la honda resignación campesina del ocaso. Grandes nubes flotan, casi inmóviles, en un cielo de armónicas y matizadas gradaciones. El color tiene ahora no se sabe qué sutil espiritualidad de música; está en ese punto de afinamiento y delicadeza que sólo en algunas tardes de extasiado silencio y suave transición hemos visto desde las orillas de algún río, junto a un espeso monte, cuando pasa, tendidas las blancas velas, una barca que puede ser una realidad o un ensueño, abriendo con

su proa el agua de hondísimos reflejos, que se transfiguran y danzan al paso de la doble ola irrumpida por los costados de la nave. Una alta palmera parece entrar sus curvadas hojas en la dorada túnica de una nube que sólo la envolverá en la fuga de un instante. Hacia el fondo, en los límites mismos del paisaje, reposamos los ojos en la tranquilidad de los tonos violetas y lilas. Algunas nubecillas arden con purpúrea violencia, heroicas y discordes, bajo una larga franja turquesa que va desmayándose hasta caer sobre el verde piadoso de los campos. Cerramos los ojos un momento, y nos parece escuchar todo lo que antes veíamos, de tal modo, que es posible, en esos tránsitos finales de la luz a la sombra, sobreponer el oído a los ojos y fundir en una sola alma el alma del color y el alma de la música. Entre tanto avanzamos ya por el pueblo de La Charqueada. Poco menos que palpamos los húmedos ranchos, dispuestos en grupos más o menos densos a ambos lados de la carretera, pero casi siem-

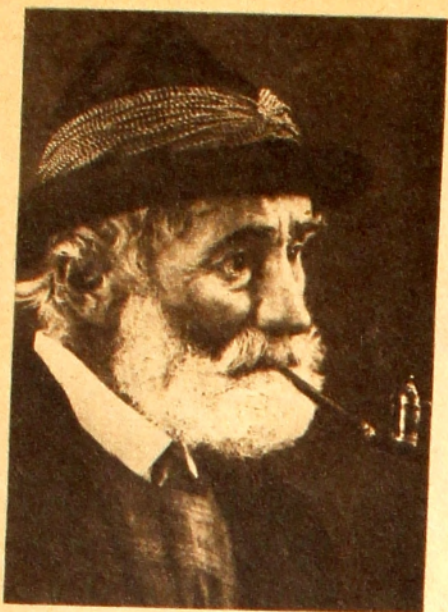
pre separados entre sí por un trecho de campo verde, donde se adormece el niño, o pasta la oveja, o aún picotea la gallina, o rumia, pesada sobre la fresca hierba, la vaca ubérrima. Calladas están las callejuelas. Nadie va, nadie viene a lo largo de los senderos que ondulan, lejanos, en el campo. Hay un recogimiento suave y prolongado que precede al uniforme imperio de la noche. Alguna joven, de pie en la portezuela de un rancho de apagado y mudo interior, nos mira pasar, girando los ojos, entre indiferente y curiosa. La paz del ocaso no puede ser más íntima y más inmóvil. Hacia el fondo, donde ya terminan las viviendas, corre, bebiendo la escasa luz del aire, el río Cebollati, ancho, diáfano, incesante, único movimiento que estremece la quietud de la hora, pues hasta el pulso del tiempo parece que hubiera detenido los instantes en el mismo borde inexpresable de la sombra, que sube ahora hacia las primeras estrellas.

C. SABAT ERCASTY.



Los montes de Rocha vistos desde las barrancas del Cebollati en Treinta y Tres.

(Fotografías del autor).



Un campesino tirolés.

EL TIROL

A DONDEQUIERA que se dirija la mirada, desde algún lugar elevado, sólo se ven montañas y montañas en muchedumbre inacabable. A la distancia, forman con su espesura y apretamiento un mar continuo, dilatado, cuyas olas son las crestas y picachos y al que da cabrilleo el reflejo del sol en las rocas y las nieves. El Tirol es tierra de montaña, agreste, abrupta. No hay en él apreciable extensión de tierra llana. En viejos documentos se le llama "das Land im Gebirge", el país de la montaña. Sus fronteras corren por entero dentro de los Alpes que aquí, en la porción oriental de su arco gigantesco, se extienden para alcanzar su anchura máxima, doscientos kilómetros, entre la baja planicie lombardo-veneciana y la alta llanura de Baviera.

El agua de las nieves ha mordido y tallado los flancos de las poderosas moles rocosas, abriendo valles y cañadas estrechos y hondos por los que discurren, con prisa juvenil, ríos y arroyos, o en los que se reposan calmos, transparentes, tersos, pequeños lagos y lagunas. Nada más imponente, más sublime que este contraste entre el atormentado desgarramiento de

los enhiestos roquedos de la cima o la fúscula pesadumbre de la enorme masa orográfica, y la dulce paz idílica del vallecillo que a su abrigo se acoge. Es como si una fiera tremenda y espantable se hubiese convertido, benignamente, en guardiana y valedora de tierna y delicada doncella. Al amparo de los picos, los valles de fértiles tierras aluviales bien regadas se han cubierto de bosques y cultivos y han florecido con las grandes flores de los poblados de las que se alzan, como pistilos, las largas, delgadas, agudísimas torres de las iglesias.

Cruzamos el Tirol cuando promediaba el invierno. El tiempo era gris, lluvioso. Las cimas de los montes se perdían en las nubes bajas. Tan sólo en algunos raros puntos del alto horizonte se percibía un resplandor velado, opalino. Volanderos, ingravidos cendales de bruma pasaban acariciando suavemente las oscuras laderas o se rasgaban y deshilachaban en las crestas ariscas. Arriba reinaba una temerosa, misteriosa desolación; en el valle, húmedo, blando, donde, en jugosos prados, pastaban vacas soñolientas y todo respiraba neblina, había un ambiente íntimo, manso, recogido, como hogareño. La naturaleza aparecía arrebujada en su ancho manto pardo del invierno, nostálgica, añorante de colores, claridades y alegrías.

A lo largo del invierno, la tierra tirolesa mitiga estas nostalgias con algunos días serenos en los que el sol rompe fugazmente la niebla y hace brillar la nieve y destellar el rocío de los prados. Pero sólo cuando empieza a soplar el "Foehn", cálido vientecillo del sur, jugueteón e inquietador, la tierra se despierta plenamente. Los mudos clarines del "Foehn" anuncian tempranamente por dondequiera la llegada de la primavera. Vanse llenando las ramas de los desnudos árboles del bello verde claro de las hojas nuevas. Los duraznos y cerezos se cubren de apresuradas gayas, flores blancas o rosadas. Se estremecen de vida renacida las vides en los bancales que descienden por las soleadas laderas. De los bosques viene un vago y dulce rumor. La sangre se enciende y bulle en las venas. Todo se llena de alegría moza, como la de los inicios del mundo. En parte alguna son las primaveras más jocundas, más exultantes que en estas regiones donde el invierno es duro y riguroso.

Una larga cadena de erguidas cumbres que corre de Oeste a Este sirve de principal divisoria de los cursos de agua y



TIERRAS DE EUROPA

separa el Tirol del norte del del Sur. El del norte tiene por eje el curso medio del Inn que, viniendo de la helvética Engadina, entra y avanza, abriendo angosto y largo valle, en dirección nordeste para pasar luego a Baviera y verterse finalmente en el Danubio. En sus orillas se asienta Innsbruck, la capital, y otras bellas pequeñas ciudades. El valle desciende en terrazas sucesivas y la tierra fértil está cubierta de prados, sembrados y arboledas. Por el lado del Este, el Tirol septentrional acentúa su carácter montañoso: es la región de Kitzbühel, fragosa, crudísima, donde únicamente crecen los cereales de clima frío y en la que se alzan dominantes y ceñudas las nevadas cimas del Kaiser Gebirge y los Steinberge.

Al otro lado del espinazo alpino se extiende el Tirol meridional. Aquí es el eje el valle del Adigio o Etsch, que baja rumbo al sur y que por medio de otros valles se enlaza, a través de los pasos del Brennero y de Keschen, con el Tirol del norte. El paso del Brennero es el centro geográfico de todo el Tirol y ha sido el factor de más influjo en la conformación histórica del país; por él circuló a lo largo de los siglos la corriente humana que le dio vida y unidad. Del Tirol meridional es parte, en cierto modo, el llamado Tirol oriental, formado principalmente por el valle del Isel. Este río se precipita de las elevadas cimas llenas de glaciares del Gross Glockner, que casi alcanzan los cuatro mil metros, para llegar a la verde y baja zona de Lienz donde se une al Drava, con el que irá, también, al regazo del padre Danubio.

Sea cual sea el número y peso de los motivos que han conducido a trazar la actual frontera política, es un hecho patente la radical unidad del Tirol. En el norte y en el sur el paisaje, las gentes, las moradas, las poblaciones, los usos y modos de vida son esencialmente los mismos. Y a lo largo de la historia, hasta tiempos muy recientes, ambas regiones han llevado vida común. En la del sur todavía se yergue hoy cerca de Merán, sobre un pequeño y frondoso altozano, el castillo de Tirol, que centró políticamente en el siglo XII la vida de todo el país al que le dio su nombre. El Tirol — como los suizos, como los vascos, como otros pueblos montañoses — tiene lejana tradición de democracia y de libertad. Desde tiempos antiguos los ciudadanos intervenían en la formación de las leyes y gozaban de fueros y libertades consignados en cartas solemnes. Y cuando Na-

poleón quiso imponer allí su voluntad, los recios tiroleses se alzaron contra él y le vencieron varias veces conducidos por el famoso Andrea Hofer que vino a convertirse en héroe nacional.

El hombre del Tirol es altivo, independiente. Por eso, más que agruparse en aldeas, prefiere levantar su alquería sola en medio de los campos y los bosques. Vense así, las casas de labor caprichosamente diseminadas, por las lomas y las cañadas, y hasta empinadas en los cerros, rivalizando con los altaneros y descomunales castillos. Muchas son de gran tamaño, con un cuerpo inferior de mampostería en uno o dos pisos y una parte superior de madera, bajo el tejado a dos aguas, rodeada de vata y airosa balconada cuyos balaustres dibujan graciosos motivos populares de treboles, corazones, flores y estrellas. Otras, más pequeñas, más modestas, están hechas totalmente en madera. Si entramos en una alquería tirolesa nos sorprenderá gratamente



Costado de la plaza de Innsbruck, capital del Tirol. Al fondo el celebre "Goldene Dach" o "Tejadillo de oro".



Alquería



Montañas del Tirol oriental y meridional desde la cumbre del Grossevenediger.

EL TIROL

ambiente acogedor, cómodo y caliente. El elemento principal. Suelo, techo y paredes son de madera, gruesos tabloncillos, vigas, madera vieja, agrietada, desmenuzada por la usanza, buena, patriarcal. Las mujeres zurcen, calcetan o hilan en una ventana. A su lado quizá dormitará en una tosca cuna, de madera oscura. Dos muchachuelos juegan a algo en un rincón. En la pared, sobre un arquibanco, hay un reloj de cuco con sus piñas colgantes. De una de las paredes pende un velón de bronce. En los costados de la pieza destácase la cateдрalicia, la barroca estufa de color verde. Cuando, al anochecer, termina la diaria tarea, el padre y los hijos retornan del labradío, encuentran en paz, una tibieza seriente, deliciosa, una compensación de sus fatigas. Las pequeñas ciudades y los pueblos del Tirol presentan inconfundible fisonomía. Una menuda, pintoresco emplazamiento

to a orilla de un río o de un lago. Las calles, salvo la principal, suelen ser angostas, y en las plazas hay, a las veces, abrigados, recogidos soportales. Las perspectivas urbanas tienen siempre un fondo de montañas. Las casas — de dos, de tres, de cuatro pisos — ostentan en algunos casos fachadas ornamentadas con pinturas o bajorrelieves, ingenuos, populares. Los miradores avanzan tímidamente sobre la calle y hacia ella se alargan también las historiadas enseñas de hierro forjado de tiendas y obradores: ciervos, soles, águilas, llaves... El ritmo del vivir es en estos pueblos y ciudades sosegado. No hay en ellas un atropellado, congestionado, ruidoso tránsito de vehículos. Pueden oírse, distintamente, al pasar, los diversos ruidos de los oficios. De la alta torre del reloj, gótica o barroca, caen, a intervalos, sobre la paz ciudadana, sonoras, lentas, redondas, las campanadas de las horas.

¿Es la montaña alegre o triste? ¿Hace a los hombres jocundos o melancólicos? Unamuno decía que el campo y, sobre todo, la montaña, sólo le alegran al que no tiene conciencia de la responsabilidad de la vida. La afirmación es, a nuestro ver, demasiado categórica, aun aplicada exclusivamente al hombre de ciudad. "Alguno hay — declara Fray Luis de León — a quien la vista del campo los enmudece...; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar". Y Fray Luis era hombre de ciudad y tenía harta hondura de espíritu y conciencia de la responsabilidad de la vida. En cuanto a los que en el campo moran de asiento, siempre nos han parecido gentes más bien ledas y plácidas. Únicamente hemos advertido, a veces, taciturnidad en los habitantes de las pampas, estepas y mesetas, y en los isleños. Nunca en los montañeses.

Los montañeses del Tirol son reidores y alegres: "Tiroler sind lustig. — Tiroler sind froh", dice una canción popular. Sus cantos, realzados, subrayados por las garganteantes filigranas del "jodeln", sus bailes animados, brincadores, trasuntan sano brío, euforia, contento de vivir. En sus conversaciones, los tirolese se muestran socarrones, llenos de agudeza y gracejo. Cuando una charanga tirolese — cuatro o cinco músicos de apretado calzón de somonte, calados mandiles de cuero, sombrero con pluma de gavián — en una fies-

ta campesina o desfilando en bote por las calmas aguas de un lago, ejecuta los clásicos valeses rústicos en que al rítmico batir de los platillos y a los froletes del cornetín y el clarinete, responden los golpes graves, pausados y humorísticos del bombardino, el aire se llena de un gozo aldeano y encantador. Y en las alturas, la alegría de la nieve, limpia, fina, tonificante plegria. No hay contento mayor que deslizarse, en día claro, por las dulces pendientes en esquí, o recogidos en la sala de un hotel de montaña, donde los leños arden en la campanuda chimenea, con-

templar a través de los cristales de las ventanas, llenos de carámbanos, el albo paisaje mientras un "jodler" tirolés canta acompañándose de la cítara: "Mein Liebe ist eine Aelpherin..."

*Mi amada es de los Alpes,
nacida en el Tirol;
lleva justilla negra
si no me engaña yo...*

Luis TOBIO.

(Fotos proporcionadas por la Asociación Cultural Austro-Uruguaya).



Castillo de Tirol cercano a Meran (Tirol meridional).





EXPOSICION DE MONOCOPIAS DE ANDRES FELDMAN

RECIENTEMENTE inauguróse en el Salón de Exposiciones del Ateneo, una vasta muestra de Monocopias del pintor Sr. Andrés Feldman. En colores, y en blanco y negro, este pintor recogió, con una técnica poco tratada en nuestro ambiente, infinidad de temas. Paisajes, figuras, com-

posiciones, y escenas de campo, junto a acertadas naturalezas muertas, afirman en el joven pintor, su sentido del color, llevado concientemente en una demostración de estudio o interesante inspiración. Ha realizado Feldman una labor que merece destacarse. La alegría de algunos coloridos,

el acierto indudable de muchas de sus composiciones, y la seriedad con que ha abordado una muestra de noventa trabajos, dan la pauta de su marcado adelanto y de su verdadera inclinación hacia lo pictórico. Ofrecemos junto a esta nota algunas reproducciones de las monocopias de Feldman.



*Así me gustan tus labios"
palpitantes... irresistibles con el nuevo*

HEATHER

(JIDER)

Cielamor

No hay labios más irresistibles que los tocados con Heather, que pone en ellos una sinfonia de inolvidable dulzura. De consistencia perfecta, increíble adherencia, brillo y suavidad, Heather es, hoy más que nunca, el lápiz labial perfecto. Adquiera Heather hoy.

En su nuevo estuche de gala



JUEGO CON 2 ALIANZAS \$ 20.-

JUEGO CON 2 ALIANZAS \$ 25.-

DE ORO \$ 10.-

JUEGO CON 2 ALIANZAS \$ 40.-

CON EL SELLO DE DISTINCION

Sorela

18 DE JULIO 942 joyas

GALERIA PALACIO LAPIDO

MODELOS EXCLUSIVOS PARA TODAS LAS POSIBILIDADES

El Ensueño ó Dorila Castell de Orozco

¿CUANTOS años hace?... No se cuántos... ¿Y, para qué el año? Acaso es un número lo que graba la vida en el corazón? Tal vez lo que tú crees más sólido y matemático del recuerdo lo deshace un solo estremecimiento de dolor. Para qué el año? Si de aquella misma casa, tan querida, con sus escaleras de piedra labrada y barandas de hierro cubiertas de flores y viñas que fuera teatro de una existencia apasionada, únicamente vive en ti, intensa, la imagen del gemido del viento en las altas puertas temblorosas. No sé cuando pasó el dolor o el amor junto a mí. Sólo sé que pasó.

Todavía existen en aquel pueblo algunas rejas sagradas. Todavía detrás de ellas aparecen figuras delicadas y soñadoras. Te parece imposible? Si bien escuchas oírás susurros, murmullos casi misteriosos. A veces risas reprimidas por el respeto. Acaso estas voces son de tragedia pero quien las modula las da al aire como un suspiro y se hacen dulces en el silencio. No creas que en esos rincones peñumbrosos, en las siestas pueblerinas, se duerme siempre. ¡Oh! no. Cuando se abren las puertas y la casa se aquieta, en las vastas salas, las baldosas rojas deslucidas aún reflejan sobre las paredes las luces difusas que se filtran llevando consigo la túnica de perfumes del jazmín del país soplada por el gran patio español. Es entonces que los ventanales de grandes vidrios cuadrados, tamizadores de los ruidos de la calle, dejan pasar algo para despertar a los que sufren el duro sueño de vivir. Las rejas se pueblan de figuras bellas. Perciben más intensos los rojos de los claveles. Diríase se oyen desde lejos la romanza, el poema recitado o una guitarra en sordina.

Todavía puedes dudar; pero estoy hablando de alguien que merece toda tu atención emocionada. Posee la figura de encanto tal como puedas imaginarla: más bien alta, ojos negros, ligero el paso, flexible el talle, contenido el ademán, no por teso y cansado sino porque así debe ser una niña que tiene en cuenta su propia estimación. Y en esa hora quieta de la tarde sus visiones son firmes realidades de jardines interiores. Fué aquel año que Dorila Castell de Orozco publicara "La campesina" expresión pura y dulce de su época y de su sexo.

¡Vieras qué linda la campesina
Qué aire gracioso tiene al andar.
Como se encorva cuando una espina
Su pie ligero llega a punzar!

Rojo pañuelo cubre su seno
La falda, a listas, roja es también.
Y sobre el pecho redondo y lleno
Le caen las trenzas como al desdén.

Y así mirando como al soslayo
Como quien dice ¿me quiere usted?
Sus ojos negros lanzan un rayo
do rellejada toda se ve.

¡Cuán deservuelta, cuán maliciosa!
Pliega sus labios con tal mohín
Cuando comprende que alguna cosa
Que se le dice no es con buen fin!

Que se alza altiva como palmera
Erguido el talle torva la faz
Si por su mente cruza ligera
De una sospecha sombra fugaz.

Pero cuando ama, cándida y pura,
Rinde al encanto de la pasión
Los dulces fuegos de la ternura
Los aleteos del corazón.

Y alborozada con su cariño
Abarca el mundo con su querer
Tierna y sumisa cual dócil niño
Es como todas al fin mujer!

¿Por qué, después de tanto tiempo pasado, aún mi memoria, casi siempre infiel, me permite reproducirlos quizás con pocos errores? Es que fueron versos que sirvieron en una época, de dulces emisarios. Fué quizás también porque esos versos están unidos a un recuerdo inolvidable: el de haber escuchado a una niña — a quien se le brindaba una serenata — expresarse con toda ironía femenina, y ver asomar bajo ese aguijón de seda la primera nube de lágrimas de un adolescente herido.

— ¡Oh, le había dicho cruelmente al terminar su serenata; lo reconozco; es siempre la misma canción!

Y aquel adolescente refería que siéndole imposible en el desamparado pueblo renovar su escaso y pobre repertorio, corrió a su casa y tomó los versos que más se acercaban a la realidad de su vida y se dispuso a cantarlos.

Era todavía el momento en el cual las ideas musicales se producían espontáneamente y no se conocía la escala de Schöenberg. Y fué por ello que pudo surgir esta melodía sencilla y clara. De la amada logró un: — "Gracias" sin asomo de burla y transparente de un acento emocionado.

En una noche invernal (el viento y la lluvia de las esquinas de Montevideo) una anciana señora hizo detener a un tranvía eléctrico para ascender a él. El guarda quiso ayudar a la señora a resguardarse rápidamente pero no pudo menos que advertirle, entre agrio y filial, y con tono de reproche:

— ¡Pero, señora, qué noche para salir!... La señora se apresuró a responderle:

— Es que tengo a mi madre enferma y es mi deber ir a verla.

— ¿Su madre? se creyó autorizado a argumentar el guarda viendo que la pasajera frisaría en los ochenta años! Su hija querrá decir!

— Mi madre, señor, que pronto cumple noventa y nueve años.

El guarda asombrado no podía imaginar esta perduración de vidas pero menos hubiera podido comprenderla si hubiera sabido que esa octogenaria acababa

de escribir:

Noventa y ocho años!
Tu fin se va acercando
Oh madre, que me diste
Tu sangre y tu vigor,
La claridad en la mente
la luz en la mirada
Y de tu bello espíritu
el vívido fulgor.

Dorila Castell llegó a la extrema edad con extraordinario equilibrio orgánico y mental. Más aún: la vejez que enfriaba las extremidades y el corazón, la libertó de egoísmo senil. En sus cartas familiares, con las indudables e inevitables señales de la fatiga de un casi siglo vivido escribía a sus amigas carolinas en el mismo tono tierno de su juventud. "Aquí tenemos — decía — a Román con su familia. Se han venido del todo y dentro de pocos días se irá Alvar con los suyos por un tiempo largo. El camino de hormigas que no deja surco en la tierra pero lo deja en el alma". Siempre presente en las cosas de su rincón nativo agregaba en otra correspondencia: "Dile a Anita que se tome otra molestia y para darle un momento de gusto al buen anciano Sr. Burnett escriba en una tablita con letra clara el verso que tanto siente haber perdido. Algún excursionista habrá hecho fuego con la tabla:

Aquel que planta en médanos de arena
el pino bienhechor
Es el guardián de la salud de un pueblo
su médico mejor.

Los viejos se conforman con tan poco que ése se quedará muy contento y Anita también de haber ofrecido una agradable sorpresa a ese trabajador incansable".

Estos versos, y quizás la música, fueron la verdad de una época. Dijeron intuitivamente lo que nuestro medio casi primitivo, impulsaba a expresar. Y se realizó a base de emoción pura. No se puede subestimar su valor en el arte. Nadie entonces aún canciones cuyanas ni sabía, sino hipotéticamente, de la existencia de una música y poesía americana. Digalo si no el mismo Vaz Ferreira cuando él y demás estudiantes de Literatura confesaban haber atribuido una Oda a Bolívar (genérica para todos los poetas del norte) a fin de escapar de las tiranías de un programa que les exigía el conocimiento de obras que aquí nadie tenía noticias. Dario no había llegado. El tango era de bajo fondo. Fué necesario, pues, valerse de sus propios recursos para sublimizar los sentimientos más ardientes. Helos, en su modestia, en esos renglones.

Las escuelas pasan pero llevan un rítor-nello obligado. Siempre se repiten aunque sin una parte que, como en la música ocurre, no se debe tener en cuenta ni tocar en segunda vez, porque no lleva la terminación definitiva. El volver a leer estos versos es una necesidad; compararlos una incomprensión. En la hora que entonces vivía el Uruguay el romanticismo dominaba (y dominaba en el mundo) con sus ansias tristes y su magnífico fermento de libertad. Los que no lo sintieron profundamente, quedaron con su figura vacua, desmelenados y pálidos. Los que supieron vivir hacían versos como Dorila y Adela Castell (x) sirviendo a su patria, cultivando el recuerdo, sembrando ternuras, trabajando sin descanso, casi heroicamente, y soñando en afectos puros. Si esto es repudiable romanticismo es preciso que vuelva otra vez. Si las clásicas rejas han caído no ha ocurrido que desaparecieran los encantos del ensueño. Somos hijos de la velocidad, pero la muchedumbre sentada, silenciosa, inmovilizada en el Bosque de Maldonado, escuchando un concierto de órgano, bien nos dijo en este verano cómo el ensueño en lugar de morir se ha ensanchado. Los barrotes de las rejas son, hoy, los fustes roji-negros de los pinos. Luna y sol más, mucho más que antes, bebidos a grandes horas, embriagando a los mismos que quieren dudar de lo bello de los románticos lunáticos. Si volvieran en juventud Dorila y Adela también ellas estarían allí sobre el césped para recoger en el fondo de sus almas de cristal la esencia de estas horas maravillosas... Y volverían a pensar en sus rejas porque fueron la verdad de sus horas.

R. Francisco MAZZONI.
Maldonado, abril de 1947.



Zelmira Castell.



Adela Castell de López Ramos.



Dorila Castell de Orozco.

(x)

Nota biográfica. Dorila Castell de Orozco. Nació en 1845 en San Carlos. Falleció en Montevideo en 1930. Maestra Normal recibida en Buenos Aires dirigió un colegio del Estado en San Isidro (R. A.) Estableció un colegio de señoritas, para maestras en Paysandú. Casada en 1870 con el Mayor Orozco y Zambrano dirigió más tarde el Liceo Franco-Uruguayo de señoritas en Montevideo. Publicó "Flores marchitas" (1880) y "Voces de mi alma" (1925). Numerosas poesías sueltas y dejó en preparación "Lecturas infantiles".

Adela Castell de López Rocha. Hermana de Dorila, poseía verdadero estro poético. Muchas de sus producciones demuestran una singular fuerza y un anticipo depurado de la época por llegar. Fué colaboradora de las principales revistas americanas. Maestra de tercer grado. Fundó en 1887 la Escuela de Aplicación de Montevideo. Sus versos no han sido recopilados en libro.

La campesina.
Música ballada en el año 1897
Versos de Dorila Castell de Orozco

Allegro
Llegano

Canción
Meno mosso

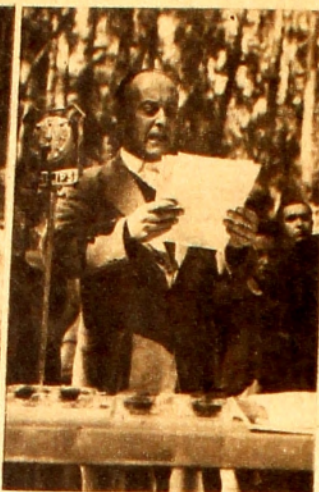
Vieras qué linda la campesina
Qué aire gracioso tiene al andar.
Como se encorva cuando una espina
Su pie ligero llega a punzar!

Rojo pañuelo cubre su seno
La falda, a listas, roja es también.
Y sobre el pecho redondo y lleno
Le caen las trenzas como al desdén.

Y así mirando como al soslayo
Como quien dice ¿me quiere usted?
Sus ojos negros lanzan un rayo
do rellejada toda se ve.



El Presidente de la República don Tomás Berreta es saludado por el Presidente de Punta Ballena S. A. a su llegada al bosque.



El Presidente de la importante empresa del balneario, doctor Roque García, pronunciando su interesante discurso ante la mesa donde fué firmado el pergamino.



En nombre de la UTE, organizadora de todos los servicios eléctricos y telefónicos del balneario, el presidente de su directorio Ing. Santiago Mauri, detalla las condiciones del contrato.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta inicia la firma del pergamino con todos los datos de la solemne ceremonia y que fué colocado bajo la piedra fundamental.



Siguiendo el curso de la ría, firma el pergamino el ministro de Obras Públicas Orestes L. Lanza.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta en la base aeronaval de la Laguna del Sauce, rodeado de los secretarios de Estado y funcionarios civiles y militares que acudieron a saludarlo a la llegada del avion que lo condujo desde Montevideo.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta, con el Inspector General del Ejército, General Sico, y técnicos de la sociedad, escuchando el himno nacional.



El Presidente de la empresa de Punta Ballena Dr. Roque García, acompañando a los invitados a través del magnífico bosque hasta el lugar de la ceremonia.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta acompañado de los ministros del Interior e Instrucción Pública y Previsión Social, Dres. Giordano B. Eccher y Francisco Forteza, respectivamente, y el Vice-presidente de la empresa Sr. Mongay, a través del bosque.

EL PRESIDENTE DE LA

EN una ceremonia sumamente interesante el Presidente de la República don Tomás Berreta fué recibido en el grandioso bosque de Punta Ba-

llena por los técnicos de la del mencionado balneario, familiares del plantador don de Lussich y numerosos fu-



Los descendientes de don Antonio de Lussich rodeando al Presidente de realizarse la ceremonia.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta en la entrada



Acto solemne por el
de la empresa, Sr.
Fongay.



Aquí, es el Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Dr. Forteza, también presente en la ceremonia, quien estampa su firma en el histórico documento.



El Ministro del Interior Dr. Giordano Eccher en el momento de firmar. A su izquierda, aparece el tubo de metal donde será guardado el pergamino.



El Sr. Carballido, pronunciando su discurso ante las autoridades e invitados.



La señora Milka Lussich de Vidal y Cuervo agradeciendo el acto en nombre de los descendientes del fundador del bosque, don Antonio de Lussich.

LA EN PUNTA BALLENA

acto cuyo motivo era
la piedra fundamental del
sistema eléctrica, fué depo-



momentos después

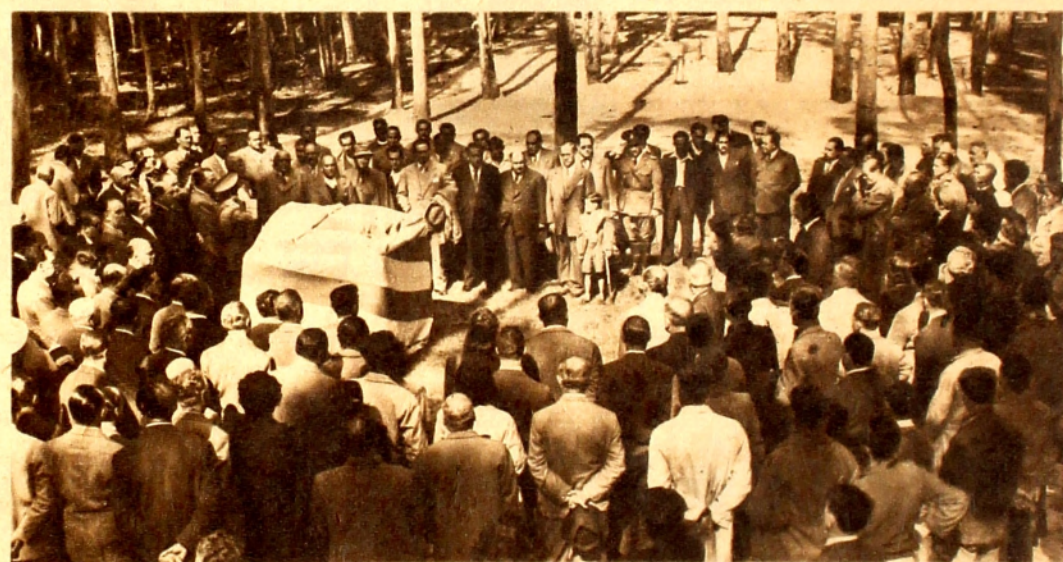
sitada bajo ella un pergamino firmado por todas las autoridades presentes y en donde constan para la posteridad todos los datos importantes de la obra y las características técnicas que la adornan.

La presente composición gráfica muestra diversos aspectos de la notable ceremonia, la llegada del Presidente de la República y los Secretarios de Estado, los discursos pronunciados, el descubrimiento del bloque de granito que constituye la piedra fundamental y la firma del documento.

En todas estas notas, se aprecia el extraordinario brillo y trascendencia de la ceremonia, la digna solemnidad que revistió. Concretamente, en las tomadas en el bellissimo bosque de Lussich, se distingue la espléndida escenografía del lugar con la perspectiva de la prolongación del bosque hacia el cielo, coronado todo el conjunto con un magnífico fondo que invita a pensar de nuevo en el único y eterno templo de la naturaleza.



momentos en que el Presidente de la República Don Tomás Berreta descubre la mole de granito que constituye la piedra fundamental de las edificaciones de Punta Ballena.



Los invitados al acto rodeando el monolito en el momento de comenzar las ceremonias e



nta Ballena en donde había sido izada la bandera nacional.



El Presidente de la República Don Tomás Berreta acompañado de los directores de la sociedad de "Punta Ballena S. A." Dr. Roque García y Sr. Moncay, al retirarse del bosque de Lussich, para regresar a la capital en avión, poco después del mediodía.

EL ARBOL DE GERNIKA

HACE diez años, —se cumplirán el día 26 de este mes—, que aviones alemanes, pertenecientes a la "Legión Cóndor" comandada por el general Von Sperrle, redujeron a cenizas y escombros nuestra villa santa en la que no podía señalarse un solo objetivo militar.

Era un lunes, día tradicional en Gernika de las ferias famosas, de las copiosas comidas y los célebres partidos de pelota; de la alegría y el bullicio bajo el signo del "txistu" y el tamboril. Era un lunes en que Gernika, con la desolación de sus ruinas y el espectáculo dantesco de los cadáveres calcinados de dos mil de sus nobles hijos, enterró, quizá para siempre, la alegría de sus lunes tradicionales.

Pero entre la destrucción y el incendio, milagrosamente salvado del casi total aniquilamiento de la villa, un árbol famoso seguía alzando al cielo, rojo de incendios, sus ramas cargadas de historia:

"Signo de libertad, inmortal roble
a cuya sombra, entre infanzones fieros,
reyes juraban populares fueros
a esta tierra apartada, franca y noble".

Es un árbol hijo del que muriera en 1892 y cuyo seco tronco cuidadosamente se conserva en una especie de templete, como una reliquia venerada. Databa este viejo roble, según la tradición, del siglo XIV y era hijo, a su vez, de otro bajo el cual, antes de que la misma villa de Gernika se fundara, se reunían los representantes del pueblo vasco y juraban sus señores mantener las libertades patrias como requisito *sine qua non* para entrar en el gobierno del Señorío. Así Juan Zuria, el primer señor históricamente conocido que presta su juramento por los años 880; así los otros que le suceden y así, al unirse en la persona —y solamente en esta persona— los Estados de Vizcaya y España, los reyes de ésta que pasaron por sucesión familiar a ser señores de aquella, siguen prestando juramento so el árbol histórico, hasta Fernando VII que lo hace en 1814. Refiriéndose a ello había de reconocer el historiador español Lafuente que: "la continuada serie de juramentos y confirmaciones de un estado son signos característicos de su independencia y separación". Y no era esta del juramento previo la

única barrera que los vizcainos oponían a las posibles demasías de su Señor. En el Título I Ley IV del Fuero establecían la exención de impuestos que no determine el Fuero mismo y en la Ley V del mismo Título que preceptuada la exención del servicio militar fuera del Señorío y en la X, también del mismo Título, la libertad de comercio. Y la fundamental en este aspecto, conocida con el nombre de Pase Foral, por la que se establece —Ley II del Título I—: "Que cualquier carta o provisión Real que el dicho Señor de Vizcaya diere o mandar dar o proveer que sea o pueda ser contra las Leyes y Fueros de Vizcaya, directa o indirecta, que sea obedecida y no cumplida".

La dignidad humana estaba salvaguarda-

de encontrarse paralelo en toda la historia de la especie humana, hasta los tiempos modernos.

Se ha sostenido con fuertes argumentos que las leyes vascas sirvieron de base a Simón de Montfort para introducir sus famosas reformas liberales en el Parlamento inglés en el siglo XIII. Ellas influyeron en la Constitución de Estados Unidos, como el propio Lincoln lo atestiguara y en la Constitución de la República Argentina, según lo establece Alberdi en su conocida obra "Las Bases".

Por eso este árbol fué saludado desde la tribuna de la Convención francesa por Tallien como el padre de los árboles de la libertad que por entonces se puso en moda plantar en Francia al influjo de las corrien-

tes de cumplirse un siglo del traidor descargado contra el Roble en los campos de Bergara, el pueblo vasco elegía libremente de su seno a un primer mandatario que renovando la interrumpida tradición fué a prestar juramento bajo el Arbol

"Yaungoikoaren aurrean apalik,
Euzko-lur gañean zutunik,
Asabeen gomutaz,
Gernika'ko zualz-pean,
Nere agindua ondo betetzea
Zin dagit".

("Humillado ante dios, en pie sobre la tierra vasca, bajo el árbol de Gernika, el recuerdo de los antepasados, Juro cumplir fielmente mi mandato").

Y ese juramento de nuestro Presidente Aguirre sigue en pie. No lo han enmendado la derrota y el destierro, lá incomprensión y la calumnia; ni las bombas asesinas que pocos meses después —hace diez años— caían en lluvia de fuego alrededor del lugar en que fuera solemnemente pro-



Reliquia del viejo tronco de roble que muriera en 1892, y se conserva en una especie de templete en hornacina de cristal.



Retorno del histórico árbol de Guernika, hijo del que muriera en 1892, milagrosamente salvado del casi total aniquilamiento de la villa por los satélites del falangismo.

da por disposiciones que ni soñarse podían por aquellos tiempos en los demás Estados de Europa. Señalaremos la Ley XII del Título I sobre prohibición del tormento; la I del Título VIII sobre no detención del presunto delincuente sin previo emplazamiento de éste so el árbol de Gernika, salvo los casos que específicamente determinan; la Ley XXV del Título XI sobre no confiscación de bienes; la III del Título XVI sobre prohibición de embargar la casa, las armas y el caballo; en general, las de los Títulos IX y XI sobre garantías procesales, sin olvidar aquella Ley XXVI del Título XI que adelantándose en siglos a la inglesa, enuncia el principio llamado hoy del "Habeas corpus", básico en las democracias actuales, con aquellas palabras sencillas y recias: "Que ningún prestamero ni merino ni executor alguno sea osado de prender a persona alguna sin mandamiento de Juez competente..."

Todas estas y otras muchas libertades nacieron a la sombra de aquel roble y vivieron con vida robusta y lozana en aquel pequeño Estado que, siendo profunda y prácticamente creyente, no consintió jamás que en su suelo pusiera sus plantas la Inquisición; que comenzando sus asambleas bajo el Roble con un solemne acto de religiosa fe, no permitía que los clérigos pudieran entrar allí como representantes y que llegó hasta retirar la representación a aquel Delegado a quien poco antes de la Junta se hubiera visto hablando con un clérigo. Ni la Inquisición ni el Feudalismo ni el Latifundio pudieron germinar en aquel clima de libertad ejemplar al que no pue-

tes sentimentales que tenían su origen en Rousseau; por eso las tropas de Moncey, al pasar por Gernika, presentaron sus armas vencedoras al árbol famoso; por eso ha sido celebrado por tantos poetas desde el español Tirso de Molina al inglés Wordsworth:

"Oak of Guernica! tree of holier power
Than that which in Dodona did enshrine
.....a voice divine".

Pero una básica desviación en la vida nacional nos condujo a los vascos a épocas tristes. Elocuentemente las señala el maestro Engracio de Arantzadi:

"Derribado impiamente el Arbol de la vida nacional, fué incorporado por injerto lo que no podía ser forma ni sustancia suya. Y han corrido los siglos, en crueles porfías de adaptaciones asfixiantes, fecundas en frutos de devastación. ¿Cómo la savia de la nacionalidad más relevante, formada en lo más íntimo de su ser, habría podido nutrir organizaciones de pueblos antagónicos en su constitución y fundamento? Eso no podía ser".

Y los vascos se dieron cuenta, al fin, de que no podía ser eso. Y cerradas las ventanas de su casa solar, en un intenso, paciente y fecundo esfuerzo de reconstrucción interna, alumbraron el Renacimiento que cino a sacudir hasta sus mismas raíces al pueblo aletargado y lo puso, recio y firme, en el camino de la liberación definitiva. Era un despertar magnífico que abarcaba todas las actividades nacionales en todas sus manifestaciones y aspectos. Y poco an-

ciado. Todo eso no ha servido más que para templar más y más su voluntad y la de todos los vascos; los que nos hallamos fuera de la patria y los que sufriendo heroicamente dentro de ella han podido contemplar cómo su ejemplo y sacrificio han arrastrado a las filas libertadoras a la inmensa mayoría de los compatriotas indiferentes o enemigos, antes de estos años de insensata opresión. Esta es la prenda más segura de nuestra libertad ya cercana y que nadie nos volverá a arrebatar. Porque, como lo anunciara el vate oriental Sabat Ercasty:

"¡Gernika!
Antes eras el tiempo, ahora eres la eternidad!"

...crece tu árbol,
sus ramajes suben ya por encima de los montes
cubren ya toda la fuerza y el dolor de Euzkadi,
se desbordan ya sobre los viejos campos de Europa,
y la tierra entera se ampara ya bajo su amor y esperanza.

Y un día tu potencia, oh árbol de Gernika, se estremecerá profundamente, y crujirán entonces los ejércitos del mal, y tu serás, oh árbol sublime, el símbolo de las almas redimidas".

Vicente de AMEZAGA.
Montevideo, abril de 1947.

Crema Dental SQUIBB

Preparado con Extracto de Magnesia Squibb

Dientes hermosos y brillantes

con Crema Dental SQUIBB



El "caballero", personaje principal de la danza "Zalmazain", que es la más popular de la danza vasca. Es el "caballero" el que aleja los malos espíritus. (Danza de la Vallee de la Soule).

El pifano y el tambor para el ritmo.

(Fotos exclusivas)

BAILES VASCOS

Los juegos simbolizan al conjunto del país vasco francés: son la pelota, el baile y las improvisaciones. Acaso no afirma un dicho local: "Habitantes de la Soule, bailarines"... Se sabe que el Labourd, la Baja Navarra y la Soule son las tres provincias que forman el conjunto del país vasco.

Las canciones vascas son verdaderos poemas que brotan del alma, llenos de ternura y de fidelidad por la madre, la esposa, la hermana, por el rincón de la tierra por entre tantos esplendores naturales.

¡Y los bailes! ¡Qué puede decirse de los bailes! Todo el cuerpo se estremece al sonido de las flautas... La camisa ceñida al cuerpo atlético, pantalón de tela blanca, el talle envuelto en una faja color sangre, una

boina roja en la cabeza de rostro moreno, los hombres ágiles bailan y saltan; sus alpargatas blancas apenas tocan el suelo en un impulso común, al sonido brillante de los pifanos y al ritmo sordo de los bastones.

Y ante los ojos maravillados del espectador, se suceden las distintas danzas, para finalizar con el extraordinario fandango que evoca a la vez la alegría castellana de la jota navarra, y la alegría animada de la cuadrilla francesa. Hay que verlo bailar un domingo de noche en la plaza de San Juan de Luz; la atmósfera es realmente apasionante; todos están allí, desde los más jóvenes hasta los más viejos...; finalmente, el toro de fuego termina la fiesta con una apoteosis de luz...!

¿Cómo podrá describirse todo lo que se siente en el

fandango? Toda la sangre que hierve en esos cuerpos, la llama que brilla en esos ojos... Espectáculo que embriaga de alegría y de vida, y que ninguna palabra logrará describir con suficiente fuerza.

Tierra eterna y misteriosa del País Vasco, llena de antiguas costumbres, sembrada de casas blancas en la oscura vegetación de los campos que se extienden a los pies de los Pirineos. En las vertientes; ya que tras los montes también vive el pueblo vasco, con las mismas costumbres, las mismas tradiciones; ya que juntos, y con el mismo corazón entonan ambos pueblos el himno sagrado e inmortal del "Guernikako Arbola", Guernika, ciudad santa y mártir.

MIGUEL HARISPURU.



Personajes de la danza "Zalmazain".



Los hombres ágiles bailan y saltan.



El "fandango" que evoca la alegría de la jota navarra.



Anteojos y Lentes

DE CALIDAD

OPTICA
RECINE

18 DE JULIO 1584
casi Carlos Roxlo U. T. E. 4 66 81

Dearborn

Preparaciones de Belleza
Dearborn South America Limited

DEARBORN LAPIZ LABIAL

Dearborn Lápiz Labial, el lápiz de la juventud.

DEARBORN MASCARA DE BELLEZA

Para arrugas, patas de gallo y descansar la cara.

DEARBORN CREMA DE BELLEZA

Para limpiar el cutis y una excelente base para adherir los polvos.

FORLAC DEPILATORIO

Forlac Depilatoria mejorado, elimina el pelo superfluo.

RUBINOL ROUGE

Rubinol Colorete "Tint" fino. En polvo y compacto.

STALLAX SHAMPOO

Stallax Shampoo de lujo, da vida al cabello.

JABON CAMAY

Camay, jabón de belleza, importado de EE. UU.

STYMOL TABLETAS

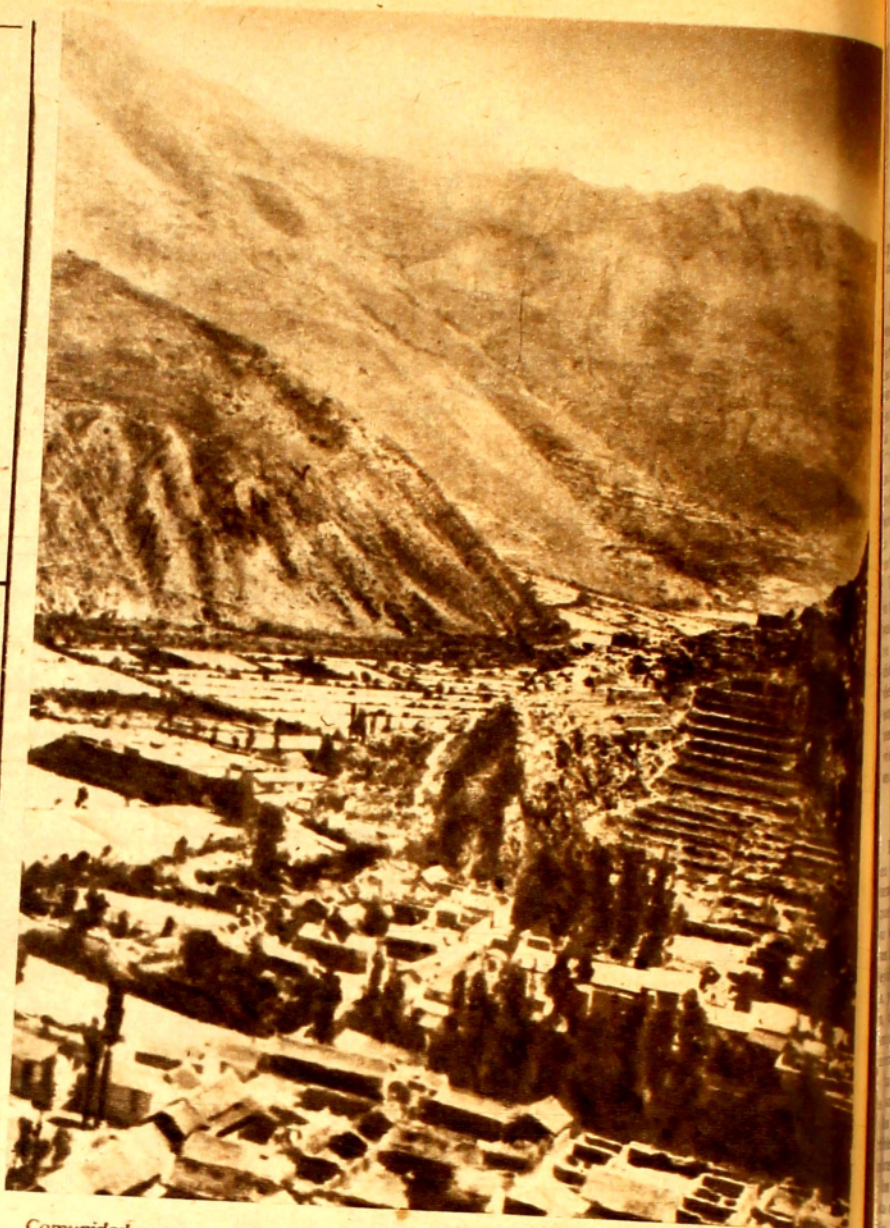
Para limpiar los poros y sacar barrillos, importado de EE. UU.

CERA MERCOLIZADA

Cera Mercolizada conserva el cutis joven.

Limpia, blanquea, suaviza y protege la piel.

En todas las farmacias, perfumerías y tiendas.



Comunidad serrana en un valle fértil. Los andenes o terrazas aumentan el área de cultivo.

**EL QUECHUA
COMO ELEMENTO DECORATIVO**

SIN duda alguna que las altas sierras son opacas, terrosas o rojizas y a veces inmensamente desoladas, dando esa sensación de lo enorme que Kayserling ha sen-

tido en la pampa dilatada y en el mar sin horizontes, pero toda esa soledad y ese aspecto inhóspito se trastoca apenas aparece el indio como una flor andante con su poncho y su montera, como una violenta pincelada en el paisaje agreste.

El indio peruano es un elemento decorativo para el vasto escenario que lo contiene. Tal vez no lo fuera siempre, pero indudablemente lo es desde que aprendiera a "posar" para el turista curioso que premia un instante de expectación con una suma que él, pobre naufrago de un imperio de leyendas, ganará trabajando una semana desde el alba hasta el ocaso. Acompaña en sus tareas a su Dios-Inti que hace medrar sus cosechas, pero ya no teme sus iras y puede mirarlo de frente con sus ojos de águila que se ha tornado paloma sólo en apariencia, siguiendo aquella tendencia de simulación que le enseñaron veinte generaciones sufridas y esperanzadas en un futuro que no llega.

Diríamos, a fuerza de verlo en todos sus aspectos, que se ha fabricado su propio mundo interior, que no sale de él ni en sus más ruidosas manifestaciones de alegría, cuando en el fondo de su comunidad festeja el recibo de la vara de mando, la fiesta del santón favorito, o el día de su patrón. Se emborracha entonces, con la chicha fermentada, hasta caer rendido, pero al día siguiente, si tiene obligaciones ocupará su sitio detrás del arado de chuzo y tirará surcos bien rectos guiándose por la ceja del monte, por un árbol que atalaya la meseta, o por los montones de piedra que acumuló limpiando esos terrenitos, verdaderos pañuelos férciles en medio de la hostilidad serrana.

En el Perú ha de haber todavía unos cinco millones de aborígenes, que no son hostiles, sino que toleran al blanco, se mezclan con él para los negocios y le vende cuanto puede comprándole lo menos posible. Sus hijas suelen servir en las casas de la ciudad y por las calles de Lima vemos



**OBTENGA UN CUTIS MAS SUAVE,
MAS ADORABLE... CON JABON PALMOLIVE!**



¿VES? TU NECESITAS PROBAR EL PLAN DE 14 DIAS CON MASAJE FRICCIÓN PALMOLIVE

NO VOY SI EN CUANTO LOS MUCHACHOS MIRAN MI CARA, LOS GRANITOS Y LOS PUNTOS NEGROS LOS AHUYENTAN



ES UN TRATAMIENTO DE BELLEZA EXTRAORDINARIO, CREADO POR JABON PALMOLIVE. IMAGINATE TIEN TU PROPIA CASA Y EN CONTADOS MINUTOS DIARIOS PUEDES OBTENER UN CUTIS MAS LIMPIO Y TERSO, EN SOLO 14 DIAS!

¿COMO DEBO HACERLO?



ESTO ES TODO LO QUE TIENES QUE HACER

AL LAVAR TU CARA, FRICCIÓNALA DURANTE 60 SEGUNDOS CON UNA TOALLITA ENJABONADA CON LA EMBELLECEDORA ESPUMA DE PALMOLIVE. LUEGO, ENJUAGATE BIEN. PARA TU CUTIS QUE ES GRASOSO, REPITELO 3 VECES DIARIAS CUANDO EL CUTIS ES SECO O NORMAL, SE REPITE SOLO DOS VECES. BASTAN LOS 14 DIAS CON MASAJE FRICCIÓN PALMOLIVE PARA QUE TU CUTIS LUZCA NUEVA Y JUVENIL BELLEZA.

Ud. también puede lucir ese cutis maravilloso en sólo 14 DIAS!

Posea el cutis que los hombres adoran y las mujeres envidian! Comience hoy mismo con Masaje Fricción Palmolive, el más sencillo y eficaz de los tratamientos de belleza. Después de los 14 días de prueba, por sus extraordinarios resultados, Masaje Fricción Palmolive será su tratamiento de belleza diario y permanente!

CUTIS MAS SUAVE...
MENOS GRASOSO...
MENOS SECO...
MENOS PUNTOS NEGROS...
APARIENCIA JUVENIL...
MEJOR COLOR...



- 1 EL MISMO TAMAÑO GRANDE DE 100 GRS.
- 2 LA MISMA CALIDAD INSUPERABLE.
- 3 EL MISMO SUAVE PERFUME.
- 4 EXACTAMENTE IGUAL AL PALMOLIVE NORTEAMERICANO.

CONSERVE ESE LINDO CUTIS DE COLEGIALA

anchachas o "imilla" oficial de man-
mucamas y cocineras. Sus rasgos
cóticos de pómulos pronunciados,
y crenchas hasta más abajo
las van delatando. Fueron
de una comunidad cualquiera, tal
finca que el blanco tiene en un
perdido, o recomendada desde el
donde empezó su carrera ciu-

ellos pueden supervivir en sus
y conservar su potencial in-
se habla de sus lacras,
disculpables si las tiene, ya que
ser extranjero en sus propios do-
pero es viendo a los indianos en
comunidades, a los caciques
"lloroc" llenos de vigor y con esa presen-
reyes, que entendemos queda to-
rica y generosa, que si pudiera
hacia un progreso efectivo, da-
frutos a la civilización que lo

sea Túpac-Amaru el modelo de
pueden ser los quechuas, cuando por
corre sangre de mandones y no
envilecido por el alcohol que pren-
más fácilmente entre la gente
bajo del incanato. Un hombre
siempre tendrá más fuerzas para
a la corriente, que aquellos que vi-
mezclados por millones, vegetando
anonimato.

quechua resulta elemento decorativo
escenario donde desenvuelve su exis-
para comprenderlo es menester
le vea en las ocasiones salientes de
El indiano del Perú se vestirá con
mejores galas, poniéndose el "chucullo"
debajo del sombrero o de la montera
calzará ojotas de llama o alpaca
resuelve prestigiar con su es-
de la que está bien orgulloso, cual-
de las festividades con que el blan-
suavizado su braveza. Las procesio-
en lugar de preferencia, y allí, llevan-
andas de la imagen, veremos inde-
mente a los actuales curacas, a los
de "vara y mando", que apenas
ojos entornados "posarán" para el
que le apunta con su cámara foto-
Se deja retratar con orgullo, aun-
pepa que nunca verá su efígie en la
mina, y lo permite porque reconoce su
Claro es que existen millares de abo-
que se tienen un instante, "po-
guiridos y tienden luego la mano re-
mando el pago obligado de ese minuto
vida que nos ha entregado, así como
de la antigüedad dejaba su mano
el beso a su vasallo.

sele ser músico de temas vernaculares,
interpreta con la autoridad que le con-
la creación de la partitura, y si le



Los ayudantes del "varayoc" y del Alcalde, aguardan la salida de sus amos.



El señorío del hombre que manda.

presentan algo extraño, igualmente lo eje-
cutará cambiándole el tono hasta que se
oiga "El niño de las monjas", como nos ha
tocado oír en Ayacucho, en tiempo de
huaynito.

Cuando abandona su prestancia de man-
dón para convertirse en músico, no se des-
prende por eso sus galas, y toca las cuer-
das del arpa siguiendo sus propios pensa-
mientos, sin importarle un ardite la muche-
dumbre que lo rodea. Entrega lo externo
de su persona, la imagen que los extraños
vienen a ver, y si repara en la mujer rubia
o "gringa" como dicen aquí a las de cabe-
llos blondos, que toma su apunte en un di-
bujo preciosista, nunca lo sabremos... ha
seguido su inspiración revoloteando sobre
las cuerdas sonoras, y dejará de hacerlo
en cualquier momento, para poner en su
boca un puñado de hojas de coca, o para
marcharse sin saludar y sin voltear sique-
ra la cabeza hacia los curiosos. Diríamos
que hace mutis, sin afectación, pero sin vol-
verse a recibir la ovación de su público.

En las grandes festividades de su pro-
pia comunidad, saca a relucir lo más bello
y rico de su atuendo. Las danzas que han
conservado de siglos sirven para exacerbar
sus sentires, y en las revoluciones acompa-
sadas y rítmicas enamora a su futura com-
pañera, que ha dejado caer su montera so-
bre la nuca y sonríe con sus dientes blan-
quisimos, mientras juega con su pañuelo en
las figuras de la "marinera". El hombre lo
hace con su honda de lanas multicolores,

alzando las haldas del poncho sobre los
hombros para dejar ver su chaqueta.

También usa disfraces en determinadas
ocasiones. Las caretas pueden ser de car-
tón pintado con largas narices o de alambre
(1), que suaviza sus rasgos pronuncia-
dos de aborígen.

En cada ocasión, permite la entrada de
los blancos como un mal irremediable, pe-
ro no le gusta ni accede a dejar que les
fisgoneen sus casas, siempre con altos din-
teles y pisos muy bajos. Esa casa, es para
él su último refugio, y a nadie debe impor-
tarle si tiene cuja (2) de madera o si duer-
me la familia sobre pieles de carnero. Los
viajeros se reúnen en tandas para visitar a
la indianidad en su habitat, y son famosas
en las regiones serranas algunas fiestas que
se realizan en fechas fijas. Para esos días,
el hombre de piedra guarda sus pocos aho-
rros de meses, y la precariedad con que
vivió durante el año parece acuciarle para
desquitarse. Esto demostraría que no es
avaro por temperamento sino por necesi-
dad. Los trajes hablan siempre de la re-
gión y según el indianista Uriel García, "No
se requiere la genial intuición de Carlyle
para ver que el traje serrano, en el que
cada matiz expresa una fuerte pasión ter-
ruñera, y como en el traje, en los demás
aspectos de su espiritualidad, revela un po-
deroso objetivismo, todo un carácter histó-
rico-nacional, una fuerza asimilativa y pas-
madora, un ligamen beligerante con la tie-
rra. Y esta fuerza expresiva del indumento
no está relacionada únicamente con los
hombres que lo usan, sino también con to-

dos los serranos que no están trajeados con
esas prendas indígenas. Si ya no se usa ese
traje típico, por lo menos se nutre la emo-
ción de los colores y de las formas del
poncho aldeano que a cada momento os
roza el cuerpo, os da un codazo llamativo,
os evoca el pueblo por donde alguna vez
pasó vuestra infancia o se enjugó vuestra
juventud como se enjuga una mañana de
domingo en el fulgor cromático de los tra-
jes poblanos. Y quien se sustrae de ese
influjo es simplemente un inmigrante neu-
tro, nulo para la cultura, ruin mercader,
pobre descastado que deambula fuera de
América".

Este pensamiento de Uriel García, serra-
no él mismo, habla claro de la influencia
del cromatismo en el pensamiento realmen-
te criollo, y es bueno recordar que la fuer-
za de América se afirma cuando el modis-
ta vuelve los ojos a la tierra y obtiene mo-
tivos del hombre primitivo, que no los ha
cambiado en muchos años... ni los cam-
biará posiblemente, hasta dilucidar esa lu-
cha entre lo antiguo y lo moderno. Lo que
es de la raza vieja y lo que vino y sigue
viniendo de afuera. Mientras se resuelve
el pleito, seguirá el autóctono enjoyando
horizontes con su estampa de hombre re-
cio y varonil, y servirá su poncho colorido
como bandera de una idea que vive y se
renueva desde hace siglos.

Rodolfo BELLANI NAZERI.
(Fotografías del autor).

- (1) De malla metálica.
- (2) Cama.



cho de adorno y otro para carga, sombrero chino
y casaca.



Bomba y zampona sin mirar al objetivo.



Ella descalza; él con zapatones: la nieve decora el macizo
andino.

Cine



LOS VERDES AÑOS

Continúa exhibiendo Cine Metro en su cuarta semana, la producción M.G.M. en versión hablada en castellano "Los verdes años", con intervención de Charles Coburn, Tom Drake, Beverly Tyler y otras figuras del elenco M. G. M.



OBRAS MAESTRAS

Nº 157



O.K.

TATA TINTILAY
MIGUEL PETRONE

Máscara de un Minuto

¡Para que su cutis luzca más claro!



LA SRA. ANTONIA DREXEL EARLE, bellísima líder de sociedad, se aplica la "Máscara de Un Minuto" de Pond's 3 ó 4 veces por semana.

¡"Modernice" su cutis para que luzca más claro y bello!

Su piel luce más clara, más suave ¡al instante! Aplíquese una gruesa capa de la suavísima Vanishing Cream Pond's por todo el cuello y la cara, menos los ojos. La acción "queratolítica" de la crema desprende y disuelve las escamitas de la piel y las pequeñas partículas de polvo y el maquillaje.

Límpiala después de un minuto. ¡Note la diferencia! Su tez luce más clara, más suave y el maquillaje se adhiere fácilmente.

¡Una base de maquillaje que no es grasosa! Aplíquese una leve capa de Vanishing Cream Pond's y déjesela puesta. ¡Los polvos se adhieren mucho mejor!

Tarzan

EDGAR RICE BURROUGHS

LA CARTA

Americano de Aviles



Sus hijos no progresan en la escuela?

NO SERA DEBIDO A ALGUNA DEFICIENCIA EN LA VISTA? CONSULTE A UN OCULISTA Y ADQUIERA SUS LENTES EN

Optica ANDRES FORNIO & CIA
18 DE JULIO 1022, FRENTE A DIAGONAL AGRACIADA



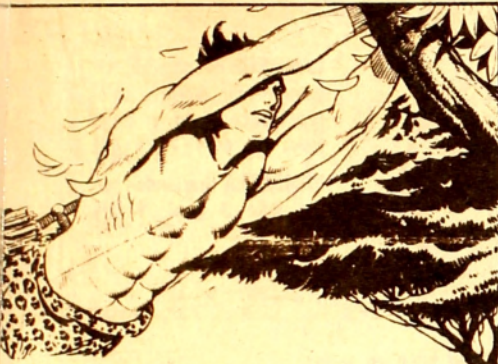
SKA BATIA SUS ALAS CADA VEZ MAS ALTO EN EL CIELO OSCURO, HACIENDO UN ESFUERZO PARA ESCAPAR AL PESO DE SU CARGA HUMANA QUE LO ARRASTRABA HACIA ABAJO.



TARZAN MANTENIASE FUERTE CON LA TENACIDAD DE UN ANIMAL, PERO SU CEREbro DE HOMBRE RAZONABA QUE EL BUITRE PRONTO SE CANSARIA Y SERIA FORZADO A DESCENDER.



TAN PRONTO COMO SUS PIES ROZARON LA COPA DE LOS ARBOLES, EL HOMBRE-MONO SE SOLTÓ, DEJÁNDOSE CAER CON LA ESPERANZA DE QUE LA SELVA ESPINOSA NO SE ENCONTRARA DEBAJO.



PRONTO UN MONO O UN HOMBRE NACIDO ENTRE LOS ARBOLES DE LA SELVA, ERA CAPAZ DE CONTROLAR ESA CAIDA. LOS ANILLOS DE ACERO SE CLAVARON EN UNA RAMA Y MANTUVIERON A TARZAN EN SEGURIDAD.



OLVIDANDO RAPIDAMENTE LOS PELIGROS PASADOS, HIZO TARZAN UN RUSTICO LECHO ENTRE LA VERDE COPA DE LOS ARBOLES, Y SE QUEDÓ PROFUNDAMENTE DORMIDO.



AL ACLARAR LA AURORA EL SEÑOR DE LA SELVA MATÓ A BARA EL GAMO Y ENCONTRÓ ASÍ SU DESAYUNO. NECESITABA CARNE PARA REPONER SUS FUERZAS Y CONTINUAR SU VIAJE.



PRONTO SENTIDO DE DIRECCIÓN QUE NUNCA LE FALLABA, LO LLEVO RAPIDAMENTE EN LA DIRECCIÓN DE LA CASA QUE HABÍA HABITADO CON SU COMPAÑERA JANE.



PENSANDO EN LA SEGURIDAD DE SU ESPOSA, LLEGÓ TARZAN AL BORDE DEL BOSQUE. NO MUY LEJOS DE ALLÍ ESTABA SU HOGAR.



EL CORAZÓN DE JOHN CLAYTON, LORD GREYSTOKE, MEJOR CONOCIDO POR TARZAN DE LOS MONOS, APRESURO SUS LATIDOS AL DIVISAR ESTE LA ESCENA FAMILIAR.



LOS SERVIDORES NATIVOS Y LOS OBREROS REGOCIJARON AL VER DE NUEVO A SU SEÑOR Y AMO. A PESAR DE SENTIR ALEGRÍA POR SUS SALUDOS, TARZAN BUSCABA CON DOLOR A SU AMADA JANE.

BUSILI, EL INTENDENTE, SE ARRODILLÓ Y ENTREGÓ A SU AMO UNA CARTA. "SOLICITADOS DEL REY BLANCO DEJARON ESTA CARTA, OH BWANA. EL SOL SE HA LEVANTADO YA OCHO VECES DESDE QUE ESTUVIERON AQUÍ."



LENTAMENTE LEYÓ TARZAN CADA PALABRA DE LA MISIVA. ENTONCES COMPRENDIÓ QUE LAS REVELACIONES DEL HECHICERO ERAN CIERTAS.